

Dra. Margarita Rothkopf

TEATRO INFANTIL



PATRIA Y CARIDAD

—
LA ALBORADA

ES PROPIEDAD
DE LA AUTORA

PATRIA Y CARIDAD

COMEDIA EN UN ACTO

PERSONAJES:

LUCÍA, 16 años, huérfana.

MANUELITÁ, 8 años, hermana de Lucía.

CARLOS, 10 años, hermano de Lucía.

LUISITO, 9 años, panadero.

LOLA, condiscípula de Manuelita.

SEÑORITA CARMEN, maestra.

Una habitación pobremente amueblada

LUCÍA. — (*Entra de la calle con un atado y lo deja con desaliento sobre la mesa*). ¡Oh Santo Dios, que día tan espantoso! He andado toda la tarde, he recorrido todas las direcciones que me había indicado la casa de bordados, y nada, nada. . . . no he podido colocar, una sola labor! En todas partes la misma respuesta: ¡es Vd. demasiado joven! ¡Demasiado joven yo! Qué amarga ironía. ¡En otra casa, miraron los bordados y después me examinaron con recelo; quizás creyeron que los había robado. Y a la última que fuí, un palacio opulento, al verme rechazada, prorrumpí en llanto, contando a la dama lo que me pasaba, que éramos huérfanos, pero ella me aconsejó que colocara a mis hermanitos en un asilo. Y me despidió con dureza. ¡Separarme! ¡Sepa-

rarme de mis dos angelitos! ¡No cumplir la última voluntad de mi madre! ¡Oh! eso nunca, nunca. (*Llora*).

(*Se oye llamar a la puerta*)

LUISITO. — (*De afuera*). ¡¡Panadero!!

LUCÍA. — ¡¡Adelante!!

LUISITO. — (*Entra con un canasto de pan*). Buenas tardes, señorita Lucía.

LUCÍA. — Buenas tardes, Luisito, deja el pan sobre la mesa.

LUISITO. — (*Confuso con la gorra en la mano*) Es que... este... señorita, me ha dicho mi padre, de no dejarle el pan, si no me pagaba la cuenta, dice que no puede fiarle más, como debe tanto.....

LUCÍA. — (*Tristemente*). Hoy no puedo pagarte, no he cobrado todavía.

LUISITO. — Entonces.....

LUCÍA. — Si no lo puedes dejar, no lo dejes, qué hemos de hacer. ¡No tengo como pagarte!

LUISITO. — ¡Ea! Lo dejo igual, aunque mi padre, que ya hace días me hace el mismo encargo, me ha prometido un buen par de bofetones si no le obedezco. ¡Y mi padre cumple lo que promete!

LUCÍA. — Entonces no lo dejes Luisito, no quiero que seas castigado, por mi causa.

LUISITO. — ¡Oh no es nada, señorita Lucía! Un bofetón más o menos..... Estoy acostumbrado. ¡Hasta mañana! (*Vase*).

LUCÍA. — ¡Pobrecito! ¡Se ha compadecido de nosotros! Y ahora ¿qué hacer? ¿Dónde ir? ¿A quién pedir ayuda? (*Se acerca al retrato de la madre*). ¡Oh!, madre-cita! ¿No me oyes? ¿No ves a tus pobres hijos, sin pan y sin techo? ¡Ilumíname, que ya no tengo ni fe, ni esperanza! ¿Y mis hermanitos? ¡Pobrecitos! No entienden nada aún, no se dan cuenta de nuestra desgracia. Están tan contentos y entusiasmados con la escuela y la fiesta patria ¡25 de Mayo! En otro tiempo yo también esperaba con ansia esa fiesta gloriosa. Y con qué alegría la festejaba en la escuela y en casa con papá y

mamita! ¡Y ahora! Pero no, no es posible que en una fiesta tan grande para todos, estemos sumidos en tan negro infortunio. ¡Nó, seré fuerte, por mis hermanitos seguiré la lucha, Dios me ayudará! Encontraré trabajo. ¡Valor! (*Se enjuga las lágrimas*). Voy a preparar la leche para cuando lleguen de la escuela, ya no tardarán. (*Prepara las tazas, etc.*)

(*Entran corriendo los niños, con sus carteras*).

CARLOS. — ¡Buenas tardes, hermanita!

LUCÍA. — Buenas tardes, queriditos! (*Los abraza*). Cuéntenme. ¿Cómo les ha ido hoy? ¿Qué han aprendido? ¿Cómo se han portado? Pero ¿están con frío? Tienen las manos heladas.

CARLOS. — ¡Frío y un hambre bárbara!

LUCÍA. — Aquí está la leche bien calentita. ¡A tomarla, prontito!

(*Los niños se sientan y toman la leche*).

CARLOS. — Lucía. ¡Mamita chica! ¿Sabes una cosa? ¡Soy abanderado! Hoy me ha nombrado el maestro, por ser el mejor de la clase. Abanderado yo, ¡qué alegría!

MANUELITA. — ¡Gran cosa!

CARLOS. — ¡Cómo gran cosa! ¿Gran cosa la bandera? ¿Pero qué saben Vds. las mujeres de patriotismo? ¡Sólo saben lloriquear y tener miedo! ¡En cambio nosotros los hombres, es otra cosa! Todos los grandes héroes fueron hombres: San Martín, Belgrano, Moreno, Falucho, ellos conquistaron la libertad, pelearon, y Vds. vamos a ver: ¿Qué mujer ha sido como San Martín, por ejemplo?

MANUELITA. — ¡Los hombres! ¡Los hombres! Pero miren, este pebete, comparándose con San Martín, nada menos. ¿Y por qué entonces, ya que eres tan hombre, te ocultas detrás mío cada vez que pasamos junto a un vigilante?

CARLOS. — Ocultarme yo, ¿tener miedo yo? ¡Mentira! ¡Mentira! Dímelo, a ver cuando, cuando!

LUCÍA. — Vamos chicos, basta de reñir como dos gallos. Tú, Manuelita, no debes burlarte del respeto

que tiene tu hermano por la autoridad, así demuestra que será un buen ciudadano; y Vd. señor guerrero hace mal de tratar con tanta arrogancia a las pobres mujeres. ¿No sabes acaso, cómo ayudaron ellas a esos héroes que tanto admiras? ¿No sabes que por conquistar la libertad de nuestra querida tierra, las nobles mujeres argentinas, dieron a la Patria todo, todo, sus bienes, sus joyas y su sangre entera, ofreciendo sus hijos por la santa causa?

CARLOS. — Sí, es verdad, eso mismo nos contó el maestro el otro día.

MANUELITA. — ¡Qué bien hablas Lucía! Si yo supiera contestarle como tú, no se daría esos aires conmigo. Pero con el discurso del señor abanderado (*lo saluda con ironía*) me olvidé de decirte lo principal. Ya sabes que mañana es la fiesta de la Escuela, y la señorita Carmen quiere a toda costa que recite mi poesía "Ofrenda a la Patria". Yo le expliqué lo que me encargaste, que estábamos de luto, que tú no tenías trabajo y no podrías hacerme el vestido blanco, pero ella, no quiere saber nada, y me ha dicho que vendrá a hablar contigo, esta tarde; si no voy a tomar parte en la fiesta, me muero de rabia. ¡Va a estar más linda!...

LUCÍA. — ¡Mi pobre Manuelita! Cuánto siento, causarte esa pena! Pero hay que resignarse, si no se puede., no he ganado nada hoy., no he podido vender ni un bordado siquiera.

MANUELITA. — ¡Oh, hermanita querida! (*La abraza*). Perdóname lo mala que soy. Tú matándote, trabajando por nosotros y yo pensando sólo en mi vestido. Pero no lo quiero ahora, ni la fiesta ni el vestido. Dí ¿quieres que deje la escuela y me quede a ayudarte? Trabajaré contigo, así podrás ganar más. ¿Sí?

LUCÍA. — No, no mi pequeña, ya saldremos de apuros, Dios nos ayudará! No te pongas triste, ni pienses en dejar la escuela, eso nunca!

¡Pero llaman, ve a ver quién es! (*Manuelita se adelanta*).

(*Aparte, con angustia*). ¡Si será la casera!

MANUELITA. — Es Lola (*entra*).

LOLA. — ¿Se puede?

LUCÍA. — ¡Ah, es Lolita! ¡Adelante!

LOLA. — ¡Buenas tardes, Lucía y Manuelita!

CARLOS. — ¿Y yo? ¿No soy gente?

LOLA. — ¡Oh, disculpa Carlitos, no te había visto.

MANUELITA. — Salúdalo Lola ¿no sabes que es abanderado?

LUCÍA. — Manuelita, deja en paz a tu hermano. ¿Y tu mamá como sigue, Lolita?

LOLA. — Mucho mejor. Hoy se ha levantado ya, gracias a tus cuidados Lucía, y como ya no me precisa para ayudarle y cuidar el nene, vengo a preguntarte los deberes para mañana, Manuelita.

MANUELITA. — ¿Los deberes para mañana? Ja, ja, ja...

CARLOS. — Pero ¿de dónde sale esta chica?

LOLA. — ¿De qué se ríen?

MANUELITA. — Pero criatura ¿no sabes que día es mañana; qué vienes a preguntar por los deberes?

LOLA. — No, en verdad no recuerdo.

MANUELITA. — ¡Qué vergüenza! No recuerdas que es 25 de Mayo, la fiesta más grande y hermosa del año?

LOLA. — ¡Es verdad! Qué cabeza tengo, no me acordaba, ¿y tú vas a la fiesta?

MANUELITA. — (*Tristemente*). No se.....

ESCENA III

(*Lllaman*)

LUCÍA. — Lllaman de nuevo, Manuelita! (*Las dos chicas corren a la puerta, entra la señorita Carmen*).

LOLA. — ¡Oh, es la señorita Carmen, nuestra profesora!

MANUELITA. — Señorita...

SRTA. CARMEN. — Sí, yo soy (*besa a las niñas. Lucía se levanta y acude al encuentro de la maestra con Carlos*).

SRTA. CARMEN. — ¡Hola señor abanderado!

LUCÍA. — ¡Oh, señorita! ¿Cómo agradecerle que se haya Vd. molestado en venir a esta pobre casa? (*Se abrazan*).

SRTA. CARMEN. — No debía de haber venido por cierto, para castigar tu ingratitud! ¿Cómo así me tratas? ¿Olvidas que fuí tu maestra, y la amiga de tu pobre mamá? Y haces como si yo no existiera? Y si no fuera por ese bendito vestido blanco, que ahí llega conmigo no hubiera yo sabido nada de vuestra situación. (*A los niños*). Vamos niños, id a jugar al patio que tenemos que conversar Lucía y yo. (*Los niños salen*).

LUCÍA. — Tome asiento, señorita.

SRTA. CARMEN. — Y ahora, dime Doña Secretos, ¿por qué no me has hecho saber tus apuros?

LUCÍA. — ¡Oh, señorita! ¿Cómo iba a pensar en molestarla, si todas las puertas se me cerraban, todos me rechazaban, los parientes, los amigos... , parece que la gente huyera de nuestra pobreza cada vez mayor?...

Pensé muchas veces en acudir a Vd. para pedirle consejos, pero la miseria vuelve orgullosa y huraña... Mire Vd. señorita, ahora ya llegamos al fin, hoy no teníamos, ni que comer siquiera, y sin embargo conservaba no se que loca esperanza, de que el gran día de la patria, iba a traernos algo!

¿Recuerda Vd. lo que nos decía, señorita? Que en la gran fiesta de nuestra libertad, el más desdichado de los mortales debe sentir alegría y aquél que dejara pasar nuestro aniversario sin tratar de socorrer a su prójimo, no merecía llevar el nombre de argentino!

SRTA. CARMEN. — Veo que no has olvidado mis lecciones.

LUCÍA. — ¡Oh, no, señorita! Por eso al ver el entusiasmo de los chicos, no se que paz, que consuelo, llenó mi alma y no en vano llegó Vd. y sólo con verla, me siento más fuerte, más animosa para seguir luchando.

SRTA. CARMEN. — Gracias Lucía... Ahora te reconozco, y no te equivocas, vengo como el hada buena, a traerte una noticia que creo recibirás con júbilo, sa-

bedora de tus apuros y conociendo tus méritos; como el puesto de maestra de labores de nuestra Escuela está vacante, te he propuesto a la Señora Directora y ésta ha accedido gustosa; así que ya ves, mi buena Lucía, como nunca se debe desesperar. ¿Y qué te parece mi proyecto?

LUCÍA. — ¡Oh, gracias, gracias, señorita! No hallo otra palabra para expresar la gratitud de que rebosa



mi alma! ¡Gracias mi hada buena! Ha venido Vd. como la radiosa libertad llegó a iluminar la esclavitud de nuestra tierra, a romper las cadenas de un negro infortunio! — ¡Chicos!, ¡chicos!, venid pronto aquí. (*Los niños vienen*).

CARLOS. — ¿Nos llamas, Lucía?

MANUELITA. — ¿Qué sucede?

LOLA. — ¿Qué pasa?

LUCÍA. — Abrazad a nuestra bienhechora, ¡ahora se-

remos felices. No más penas ni miserias, no nos separaremos ya nunca, nunca!

SRTA. CARMEN. — No me lo agradezcáis a mí, queridos niños, sino a la Patria, cuyo amor es algo tan grande y tan hermoso, que no podéis comprenderlo todavía, y a nuestro glorioso aniversario que ha sido causa de todo: que ningún argentino en el último rincón de la tierra, no invoque jamás en vano el dulce nombre de la Patria amada!

Y ahora, Manuelita, ya que tienes tu vestido blanco, y lo lucirás en la fiesta de mañana, recítanos tu “Ofrenda a la Patria”, que expresará mejor que nuestras palabras lo que todos sentimos en estos momentos.

MANUELITA. — ¡Con mucho gusto, señorita! (*Recita.*)

“OFRENDA A LA PATRIA”

Por C. O. BUNGE

Por mi Dios y por mi sangre
Te hago ofrenda de mi vida;
Lo que soy y lo que tengo
Te lo debo: ¡Patria mía!

Lo que canto y lo que sueño,
Todo el cáliz de mi vida,
Ante el ara de tus héroes,
Te lo brindo ¡Patria mía!

No me arredran los embates
De la lucha por la vida,
Porque se que la victoria
Siempre es tuya, ¡Patria mía!

Y, si pierdo en la batalla
Los alientos de mi vida,
Clamará mi último grito:
“¡Vive y triunfa, Patria mía!”

Lo que soy y lo que tengo
Te lo debo, ¡Patria mía!
De mi vida te hice ofrenda,
¡Usa, patria, de mi vida!

SRTA. CARMEN. — (*Al público*). Ya véis mis queridos niños, que no ha llamado en vano la pobre Lucía, la patria en su ayuda. Ayudadnos ahora vosotros como buenos argentinos, premiando con un aplauso, nuestra modesta labor!

FIN

LA ALBORADA

Comedia histórica en dos cuadros
Epoca 1810. — Buenos Aires

PERSONAJES:

DON CORNELIO SAAVEDRA

DR. MARIANO MORENO

VARIOS PATRICIOS Y CABALLEROS

FRENCH Y BERUTTI

DON JOSÉ GONZÁLEZ, *comerciante*

CARLOS, *hijo de don José*

DOÑA ROSARIO, *esposa de don José*

LOLA, *hija de don José*

RESTITUTA, *criada (o esclava) vieja*

SEÑORA DE SAAVEDRA

DOÑA CLARA

ROSITA, *hija de doña Clara*

DOÑA DOLORES

JUANA Y ZULEMA, *hijas de doña Dolores*

SATURNINO, *criadito en casa de Saavedra*

MICAELA, *criada de Saavedra*

ESCENA 1.^a

Habitación en casa de don José. Don José pasea nerviosamente. Doña Rosario y Lola, sentadas, trabajan en una labor.

DON JOSÉ. — ¡Y el señorito Carlos, no ha vuelto todavía? ¡Todas las noches la misma historia! Ya te lo he dicho, Rosario; las malas compañías acabarán por perder a ese muchacho.

DOÑA ROSARIO. — ¡Oh José! No seas injusto con tu hijo; bien sabes que es incapaz de hacer nada malo.

DON JOSÉ. — ¡Lo sé, lo sé! y es por eso mayor mi indignación; he sacrificado mi reposo y mi salud por darle una buena educación, y él pierde el tiempo lastimosamente con esa banda de locos que acabarán mal. Los padres jesuítas de San Carlos se han quejado de que no se le ve en las aulas; ¡eso no tiene nombre!

DOÑA ROSARIO. — ¡Pero, óyeme José!

DON JOSÉ. — Y es Vd.; Vd. señora, quien con su debilidad y sus mimos lo instiga, ocultándome siempre sus salidas.

No sé..., pero de un tiempo a esta parte, malos vientos soplan en esta casa; no oigo más que cuchicheos, no veo sino rostros que me ocultan algo; paréceme estar rodeado de enemigos...

LOLA. — ¡Oh, tatita, no diga eso!

DON JOSÉ. — ¿Acaso no es así? ¿Acaso veo visiones? Tu hermano mezclándose a los enemigos del Rey, tu madre protegiéndolo contra mí, y tú misma, ¿puedes repetirme qué confidencias hacías a tu amiga Juana, hoy cuando entré a la sala? (*Lola baja la cabeza*).

¿Lo ves? ¿No tengo razón? Todo eso me tiene muy disgustado e inquieto. Pero os aseguro que pondré fin a esos misterios; es el señorito Carlos quién os ha trastornado la cabeza.

RESTITUTA (*asomándose*). — Patrón, ahí lo llaman del negocio.

DON JOSÉ. — Allá voy. Y cuando venga ese mal sujeto de Carlos, que me espere aquí; quiero hablarle. (*Sale*).

DOÑA ROSARIO. — ¡Pobre José! ¡Qué preocupado está! ¡En buena lid me habéis metido Carlos y tú! Es la primera vez que oculto algo a tu padre, que es la rectitud misma. Y si al menos estuviera segura de que procedo bien...

LOLA. (*abrazándola*). — ¡Oh, sí, madrecita querida! procedes bien y tatita es tan bueno que él también se convencerá. ¡Con tal que triunfen los patriotas!

DOÑA ROSARIO. — ¡Dios lo quiera! Mientras tanto no vivo; me parece que algo le pasará a ese muchacho tan imprudente. Me voy a prepararle la cena; hoy se fué otra vez sin tomar nada.

LOLA. — No debe tardar. Esta noche se reunen en lo de Rodríguez Peña. (*Sale doña Rosario*).

¿Pero por qué no volverá Carlos en tanto tiempo? Estoy inquieta y no quiero que lo note mamita. ¡Con tal que no los hayan sorprendido!... Ya han sido denunciados varias veces. (*Hacia la puerta*) ¡Restituta! ¡Restituta!

RESTITUTA. — ¿Me llamabas, Lolita?

LOLA. — Sí, vieja; asómate a la puerta a ver si viene Carlitos.

RESTITUTA. — No se ve... ¡Qué va a venir ese pícaro! Lo único que sabe es dar disgustos a su padre, ahí anda el pobre amo lo más afligido.

LOLA. — Restituta; ven aquí; eres criolla vieja, nos has visto nacer y quiero compartir contigo una gran noticia. ¡Chist! ¡Qué no nos oiga tatita! ¿Sabes lo que preparan Carlos y sus amigos? ¡Una revolución!

RESTITUTA. — ¡Jesús de mi vida!

LOLA. — Sí, una revolución contra los godos. ¡Pronto seremos libres los criollos, dueños de nuestra tierra!

RESTITUTA. — ¡Ave María Purísima! ¿Qué estás diciendo? ¿Te has vuelto loca, muchacha? ¡Pero vean en lo que andan metidas estas chiquilinas! En mis tiempos las niñas no abrían la boca más que para rezar el rosario, y gracias. Y hoy en día, pero ¡qué escándalo! ¡Dios me asista!

LOLA. — Pero, óyeme, mi buena Restituta; si no entiendes lo que te digo.

RESTITUTA. — ¡No quiero oír nada! Es ese loco de tu hermano, que te llena la cabeza de disparates. ¡Pobre don José! ¡Con razón anda con cara de viernes santo!

Bueno, pero con tu charla se me olvidó a lo que vine; mira dice doña Rosario que mandes un recado al convento de las hermanitas Teresinas, para que preparen pasteles y alfajores.

LOLA. — ¡Cierto, que mañana es el santo de tatita y tendremos tertulia!

ESCENA SEGUNDA

Las mismas y Carlos

CARLOS (*entrando*). — ¡Uf! ¡Al fin he llegado!

LOLA. — ¡Carlos!

CARLOS. — Vaya una noche espantosa! Sopla un viento furioso que hiela: casi me ha llevado la capa.

RESTITUTA. — ¡A vos debía de haberte llevado, pícaro! ¡Miren las horas de volver a casa! ¡La facha del predicador! Ahora verás la prédica que te echará el amo.

CARLOS (*con cómica gravedad*). — ¿Cómo va esa salud, señora doña Restituta? Parece que Vuestra Merced está de humor tormentoso.

RESTITUTA. — ¡Déjame en paz, cachafaz! ¡Ah, si yo fuera tu padre, buena tunda te daría! (*Sale muy enojada*).

CARLOS. — ¿Qué le pasa a la vieja?

LOLA. — Es que tardabas tanto, que estábamos inquietas; temía que te hubiera pasado algo; ya sabes cuanto te quiero. Pero habla, Carlos, que me muero de impaciencia. ¿Hay algo de nuevo?

CARLOS. — Hay graves y grandes noticias, hermana mía. Napoleón ha invadido la península, el Rey Fernando está preso ¡es tiempo de obrar!

LOLA. — ¡Oh, Santa Madre de Dios! Con tal que tengáis éxito....

CARLOS. — ¡Lo tendremos! Esta noche don Martín Rodríguez y el Dr. Castelli irán a pedir la renuncia al virrey, y mañana se convocará el cabildo abierto.

LOLA. — ¿Y si el virrey resiste?

CARLOS. — Si resiste, peor para él.

LOLA. — Ahí lo siento a tatita; está furioso contigo.

ESCENA TERCERA

Los mismos y don José

DON JOSÉ. — ¡Al fin ha llegado el señor conspirador! Carlos, estoy muy descontento de tí.

CARLOS. — ¿Por qué, padre?

DON JOSÉ. — ¿Y aún me lo preguntas? ¡Por qué en lugar de seguir tu camino de estudiante aplicado y juicioso como antes, te has unido a ese grupo insensato que pretende levantar la colonia en contra el poder del Rey, nuestro señor!

CARLOS. — Lo que pretendemos, padre, es justo y noble.

DON JOSÉ. — Lo que pretendes y lo que harás es deshonar las canas de tu padre, es manchar nuestro nombre honrado, es... pero ¿qué más? ¿No os basta el ejemplo del Alto Perú? ¿Creéis, acaso, que aquí no se ahogará también en sangre vuestro delirio? Y lo que más me subleva es que hombres respetables como el Dr. Moreno, como don Nicolás Rodríguez Peña, se ofusquen hasta ese extremo.

CARLOS. — ¡Oh, padre! No hable Vd. así. Nuestra causa es tan generosa y tan justa... ¿Por qué no hemos de libertarnos? ¿Por qué los criollos hemos de vivir esclavizados, desprovistos de todo derecho, en nuestra propia tierra?

DON JOSÉ. — ¡En la tierra del Rey de España!

CARLOS. — ¡No! ¡En la nuestra! ¿Acaso no la defendimos con nuestra sangre, de los ingleses? ¿Acaso no estamos dispuestos a morir todos por ella?

DON JOSÉ. — La patria, tu tierra, es España, como la mía, y si la traicionas, me traicionas a mí.

CARLOS. — No, no, padre, no somos ni insensatos ni traidores; sé que lo que digo hiere vuestra alma española, y quisiera encontrar palabras para convenceros; esta discordia está hoy en todos los hogares porteños.

DON JOSÉ. — ¡Sí! ¡Los hijos contra los padres! ¡Los hijos, pisoteando, hollando la patria de sus mayores!

CARLOS. — ¡No! Ni contra los padres, ni contra España. ¿Cómo hemos de odiar a nuestra madre común? ¡Pero los hijos han crecido, padre! ¡Los polluelos tienen alas y van a probarlas!

DON JOSÉ. — ¡En el cadalso!

CARLOS. — ¿Y aunque fuera así? Entre morir por la libertad y vivir esclavo, prefiero mil veces la muerte.

LOLA. — ¡Oh, tienes razón Carlos! ¡Escúchelo taita!

DON JOSÉ. — ¡Basta yá! Demasiado escuché tu delirio. Hasta hoy no fuí lo bastante severo. ¡Bien caro lo pago! Te prevengo que si vuelves a las andadas y en lugar de asistir a las clases, sigues con tu famosa banda, te juro por mi nombre honrado, que, pese a las protestas de tu madre, con el primer buque que se haga a la vela, te enviaré a España, para que se te pase la fiebre libertadora! Y mañana mismo hablaré con el virrey, para que haga valer su autoridad al fin, y prohíba al famoso Dr. Moreno exaltar a los jóvenes con sus escandalosas ideas. Ya lo sabes. (*Sale*).

CARLOS (*mirándolo salir*). — ¡Pobre padre!

FIN DEL CUADRO PRIMERO

CUADRO SEGUNDO

Tertulia en casa de don Cornelio Saavedra. Al comenzar este cuadro, las damas están sentadas en círculo y unas parejas bailan unos pasos de minué o vals.

PERSONAJES: Don Cornelio Saavedra, señora de Saavedra, doña Clara, doña Dolores, doña Rosario, Lola, Juana, Rosita, Lucía, Saturnino, etc.

Las parejas se pasean (antes o después del baile)

JUANA (*a un patricio*). — ¿Cuándo se marchan Vds., Eduardo?...

EDUARDO. — Dentro de unos días, Juanita; la expedición ya está casi formada.

ZULEMA (*a un patricio*). — Y Vd. es de los de Balcarce?

PATRICIO. — No, señorita, yo me voy con Belgrano al Paraguay.

(*Las parejas se sientan*)

SEÑORA DE SAAVEDRA. — ¡Pero qué buena idea ha sido la de venir a sorprendernos!



DOÑA DOLORES. — Fué doña Clara la autora, y ella la que mandó el recado a todas partes, para reunirnos aquí a saludaros, por el fausto acontecimiento!

CORONEL SAAVEDRA. — ¡No sé como agradecer, gentiles damas, el honor de esta visita!

DOÑA CLARA. — ¡Nada tiene que agradecer, señor comandante! ¡Nosotras somos y seremos siempre las agradecidas, pues jamás, sin vuestro concurso y el benemérito cuerpo de patricios, hubieran conseguido los patriotas, la renuncia del virrey!

SAAVEDRA. — Sí, el primer paso está dado, lo que era un sueño ayer, hoy es un hecho, pero la lucha recién empieza...

MARIANO MORENO. — Y acabará bien, mi coronel, con un hermoso y gran triunfo. ¿Podemos dudarlo, acaso, auspiciada y ayudada tan noblemente por las gentiles porteñas?

DOÑA CLARA. — Gracias, doctor.

SATURNINO. — (*Entra con el mate y se distrae mirando a los oficiales.*)

SEÑORA DE SAAVEDRA. — ¡Saturnino! ¡Saturnino! ¿A quién vas a llevar el mate, a las ánimas benditas?

SATURNINO. — No se a quién le toca, señora.

SEÑORA DE SAAVEDRA. — Sirve a la señora (*doña Clara*). ¡Qué negro este! Si apenas ve un militar se queda embobado, se lo come con los ojos.

UN PATRICIO. — Es que también será del oficio. ¿No vas a ser soldado, buen mozo?

SATURNINO. — ¡Oh, sí, Vuestra Merced! Yó también pelearé contra los godos.

SEÑORA DE SAAVEDRA. — No le de confianza, Vieytes, porque es muy audaz. Vete a la cocina y vuelve en seguida. ¿Oyes, Saturnino?

SATURNINO. — ¡Sí señora!

SEÑORA DE SAAVEDRA. — Vds. disculparán que no les ofrezca nada mejor, ¡pero como ha sido tan de improviso!

DOÑA ROSARIO. — ¡Pero vaya, qué ocurrencia! Si estamos muy bien atendidas. Y estas muchachas contentísimas, ¡lo qué han bailado!

(*Desde la calle se oyen voces*)

¡Viva! ¡Viva! ¡Viva la Junta!

DOÑA DOLORES. — ¿Qué ruido es ese?

MORENO. — Debe ser la manifestación popular que ha ido al Cabildo a saludar al nuevo gobierno.

ROSITA. — ¿Vamos a verlos pasar?

(*Todos se levantan y se acercan a la puerta.*)

ZULEMA. — ¡Cuánta gente!

JUANA. — ¡Qué hermoso aspecto! ¡Llevan antorchas!

UN PATRICIO. — ¡Mirad! ¡Mirad! Todos ostentan la divisa que repartieron French y Berutti.

(*Voces*) ¡Viva la Junta! ¡Viva! ¡Viva el presidente Saavedra! ¡Viva! (*Las voces se alejan*).

JUANA. — Han doblado hacia la Plaza Mayor.

SEÑORA DE SAAVEDRA. — Tomen asientos, señoras.
(*Se sientan. Las jóvenes y niñas forman un grupo*).

DOÑA CLARA. — ¡25 de Mayo! ¡Qué hermoso, qué gran día! Apenas ha pasado una semana y paréceme ya tan lejano el tiempo de nuestra esclavitud.

DOÑA ROSARIO. — ¡Qué días de angustia! Cuando mi Carlos regresó a casa el 25 con la noticia de la renuncia de Cisneros y la formación de la Junta, no quise creerle.

ROSITA. — ¡Mi padre no puede conformarse con el nuevo estado de cosas!

LOLA. — ¡Ah, hija! ¡No me hables! La lucha que sostuvimos en casa con tatita! Pero los más rebeldes tendrán que convencerse ahora.

ROSITA. — ¡Ya lo creo!

DOÑA DOLORES. — Y el virrey, se ha embarcado ya?

SAAVEDRA. — Muy pronto lo hará. En tanto, es tratado con el mayor respeto, es lo primero que pedí al pueblo, una vez nombrado.

MORENO. — ¡Qué felicidad que al albor de nuestra revolución no se haya manchado con sangre!

LA CRIADA. — (*Entra con una bandeja con copas*).
(*A doña Rosario*) ¿Gusta Vuestra Merced?

DOÑA ROSARIO. — No, hija; gracias.

SEÑORA DE SAAVEDRA. — Sirve a los caballeros.

LA CRIADA. — Sí, señora.

EDUARDO (*Patricio*). — Brindo por el feliz término de nuestra gran campaña!

OTRO PATRICIO. — ¡Por el presidente de la Junta!

SAAVEDRA (*de pie*). — ¡Por nuestra libertad!

PATRICIO 2.º. — ¡Por el Dr. Mariano Moreno, alma de la revolución!

MORENO. — ¡Por la nueva patria! ¡Por las damas argentinas! (*La criada se retiró con la bandeja*).

Si nunca creyó España que nos atreveríamos a afrontarla.

EDUARDO (*Patricio*). — ¡Y a vencerla!

UN OFICIAL. — Dice bien, doctor: ¡Yo desde el gran día me siento invencible!

VARIOS JÓVENES. — ¡Y yo! Y yo!

MORENO. — ¡Ved cómo marchan estos guerreros de ayer!

(*Doña Rosario se levanta*).

SEÑORA DE SAAVEDRA. — Cómo, ¿yá os marcháis, Rosarito? ¡Pero qué apurada! ¡Si no han dado las once todavía!

DOÑA ROSARIO. — Es muy tarde yá y vivimos al otro lado de la Recoba. Además tengo que madrugar para preparar a mi guerrero que se marcha con la expedición de Balcarce.

(*Los jóvenes se agitan y hablan*).

JUANA. — ¡No seas mala!

ROSITA. — ¡Te digo que no, muchacha!

DOÑA ROSARIO. — ¿Qué pasó? ¿Por qué discuten así?

ZULEMA. — ¡Doña Clara! ¡Mándele Vd. a Rosita!

DOÑA CLARA. — ¿Pero de qué se trata?

UN PATRICIO JOVEN. — Es que le pedíamos a Rosita que nos recitara esa bella parábola sobre la libertad, que ella conoce, pero no quiere acceder a nuestros ruegos.

DOÑA CLARA. — ¿Por qué te haces de rogar tanto, Rosita?

ROSITA. — Pero madre, si no lo digo bien.

JUANA. — Lo sabe, lo sabe, es de rogada nada más.

ZULEMA. — Lo dice perfectamente.

DOÑA CLARA. — Dilo como sepas, te han de disculpar.

SEÑORA DE SAAVEDRA. — Ya lo creo.

SATURNINO. — No le crea Vuestra Merced; la niña lo dice muy bien; hoy cuando fuí a llevar los pasteles, lo cantaba de lindo...

SEÑORA DE SAAVEDRA. — ¡Calla, impertinente!

ROSITA. — Bueno, voy a complacer a Vds. pero de antemano imploro vuestra indulgencia.

ROSITA. — (*Se adelanta y recita lo que sigue, acompañada por el piano o sin música*).

LIBERTAD

PARÁBOLA

(*Sobre un tema de A. Gerchuwoff "Nuestra Patria"*)

—Había un hermoso pájaro, que vivió prisionero en una jaula de hierro. Había nacido en aquella prisión, y creía que todas las aves, vivían así. Hasta que cierto día, percibió por entre los barrotes, a otro pájaro que revoloteaba en el espacio, y posábase esparciendo alegres trinos, sobre las verdes ramas de los árboles. Entonces el canto del prisionero se volvió apagado y triste y tanto meditó en su esclavitud; que comprendió no podría existir más así esclavizado.

—Durante las largas y tristes noches de su cautiverio, picoteaba las rejas, y tal era el ansia de libertad que llenaba su pecho, que tornóse potente su débil pico, y rompiendo las rejas que lo separaban del espacio azul, llegó por fin a libertarse.

—Tornáronse entonces alegres, serenos, y triunfantes su canto y su vida y no tardó en volar tan alto como los demás pájaros...

—¡Estaba libre!

(*Aplausos*).

SAAVEDRA. — ¡Bravo, criollita!

VARIOS. — ¡Muy bien!

DOÑA DOLORES. — ¡Qué sentidas palabras!

MORENO. — (*Se adelanta: con vehemencia*). ¡Que esa hermosa profecía, se cumpla en toda su gloria! Y ya que la libertad, esa radiante diosa, nos ha despertado al fin, de nuestro sueño de esclavos; ¡juremos llevar la buena nueva, al través de selvas y llanos... y morir por ella!

FIN DEL EPISODIO

BIBLIOTECA
DEL
TEATRO INFANTIL

PIEZAS PUBLICADAS

El Juramento

Los Gauchos de Güemes

El Chasque

Las Damas de Mendoza
y el General San Martín

Patria y Caridad

La Alborada